



# SU MAJESTAD HONG KONG

La antigua colonia británica se prepara para ser la capital económica de la nueva China capitalista

*Antonio Ortí*

Los habitantes de Hong Kong, la "ciudad Gulliver", están suscritos a una especie de baile de san Vito que les ha dado la décima renta per capita del planeta. Aquí, las musarañas beben té y se trabaja el domingo, pero nadie para. Lujosos Rolls Royce alternan con pócimas de serpiente; mercadillos improvisados, con rascacielos de diseño. Así es Hong Kong; un pequeño micromundo bajo la égida del número ocho, el de la buena suerte.

La visión del caos es sólo superficial; si algo define a Hong Kong es el orden

**L**EGAR un domingo a Central District, en la isla de Hong Kong, es ver volar de cerca a las palomas. Las palomas son cientos de filipinas que bajan de sus pajareras, casi del cielo, para anidar en las inmediaciones de West Connaught. Despro-

vistas de sus zapatos, con platos de comida rápida entre las rodillas, la imagen de estas trabajadoras domésticas contrasta con la afilada silueta del Banco de China o con la chaqueta metálica con que Norman Foster vistió al Banco de Hong Kong. Cuando llegue el lunes, el paraje será ocu-



pado por Rolls Royce y por prohombres de Hugo Boss, Etienne Aigner o Giorgio Armani, que intercambiarán ademanes suaves en su transitar hacia el trabajo. Así es Hong Hong: mercadillos improvisados alternan con lujosos escaparates y entre unos y otros fijan su existencia atribulados transeúntes que igual se detienen en la visión mediatunda de los ferries que cruzan la bahía que se dejan llevar por el frenesí de una marabunta multicolor. Hay japoneses vestidos a la italiana, chinos con mirada campesina, ingleses horteras con pantalones cortos y calcetines a rayas y activos coreanos vendedores de orfebrería al detalle y enseres de ocasión.

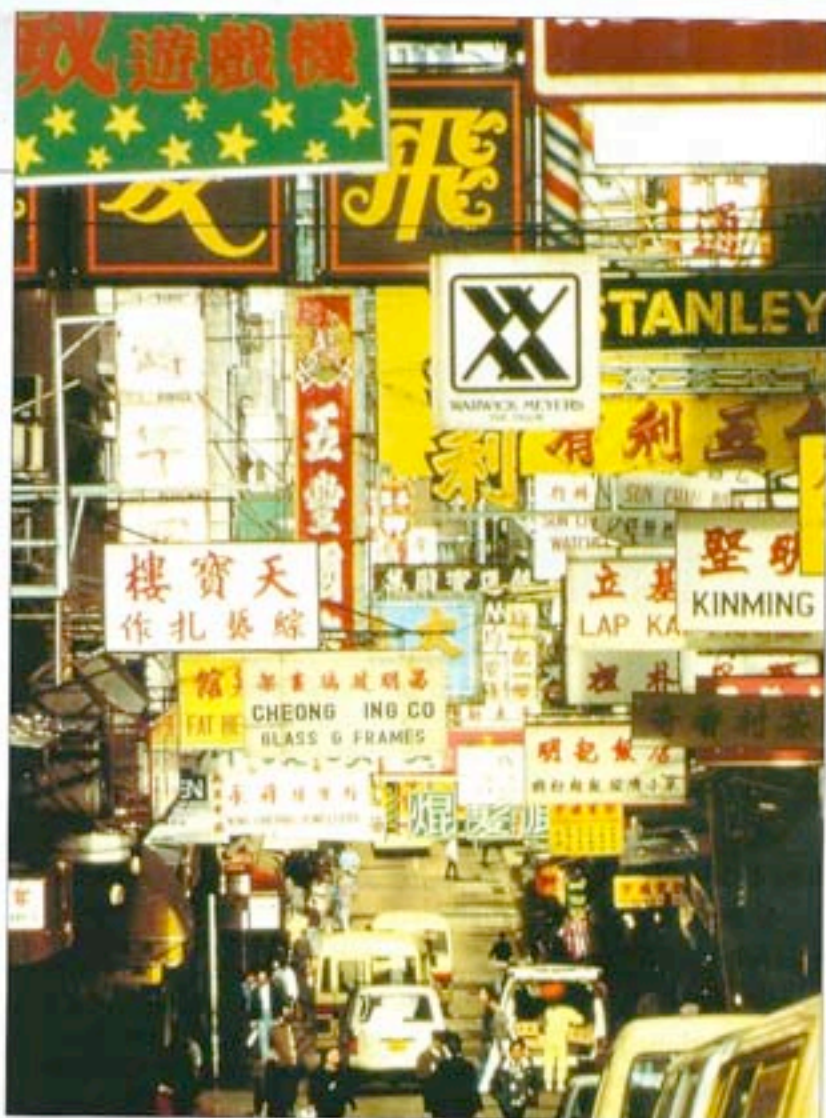
Pero esta visión del caos es simplemente superficial. Si algo define a Hong Hong es el orden, la organización. No hay nada que escape al control de una ciudad que ha descubierto el gen del trabajo y que ha transformado a los negocios en práctica

deportiva, en un correr acelerado en busca de la propia identidad.

El fluir sanguíneo de la ciudad lleva al turista desde el centro comercial y bancario hasta la mañana de letreros coloristas que alumbran Causeway Bay. Electrodomésticos de todo tipo —entre ellos despertadores electrónicos que se activan inopinadamente y que despiertan al viajero de sueños de neón—, y tranvías que van y vienen forman un microcosmos que se rige —como la propia circulación— por leyes secretas y muy eficaces.

### El espíritu de la colmena

En ese enjambre, los habitantes de Hong Kong aportan la medida y el buen hacer, atributos que se explicitan mejor en una economía que es de las diez más prósperas del mundo y que aspira a convertirse, superado 1997, en la capital económica de la nueva China capitalista. Hong Kong es el primer destino turístico de Asia, con ocho millones de visitantes por sólo seis de población —entre ellos 200 españoles—, alberga al mayor edificio de Asia —el Central Plaza—, posee la mayor estatua de bronce del planeta —el buda gigante que, impertérrito, corona la isla de Lan-



tau—, el anuncio luminoso más grande —un honor para Motorola—, los únicos tranvías de dos plantas y la primera ordenación de mujeres sacerdote.

Pero además es una ciudad hospitalaria, que permite al forastero caminar tranquilo sin temor al hurto desafortunado o al zafio mitin del aprendiz de guía que aspira a unas monedas.

Incluso de madrugada se puede pasear, sin mayor sobresalto que el frenético baile de las discotecas de moda, en las que se escucha a Sting, pero también a furiosos rockeros asiáticos que se retratan en las portadas con amplias solapas o pantalones acampanados.

Después de terminar lo que cada cual entienda por diversión —categoría muy variable entre países y personas—, cabe la posibilidad de irse a cenar —hay sitios hasta las cinco de la madrugada— o de regresar al hotel, si es que aguardan negocios al día siguiente.

Por buena que sea la excusa, ninguna será suficiente para llegar con retraso ante un hombre de negocios de Hong Kong. Éste, invariablemente, utilizará el indicio —la afrenta al respeto— como prueba fehaciente de la falta de seriedad que puede presidir los tratos con un interlocutor de

Hong Kong, a pesar de los rascacielos, es una ciudad de transeúntes acelerados que utilizan los pies o los transportes públicos para desplazarse de un lugar a otro. El aparente orden de sus edificios más emblemáticos contrasta con el tumulto de sensaciones que se respira a ras de suelo.



Las carreras de caballos y, en general, el juego, pirran a los habitantes

de la colonia. Norman Foster ha aportado su granito de diversión arquitectónica en la majestuosa figura del Banco de Hong Kong

tal calaña, por lo que sus palabras ya no serán oídas, por esforzadas que sean, con la virginidad de una llegada puntual.

Pero este itinerario nocturno difícilmente será suscrito por alguien que acuda a trabajar, que preferirá conocer de cerca los magníficos hoteles con que cuenta este enclave que los británicos tomaron para sí en 1841 a resultas de la guerra del opio. El Ritz-Carlton, el Regal, el Mandarín o el Península son la cabeza visible de una oferta que integra a 82 hoteles y a casi 31.000 camas, que serán 36.000 en breve cuando finalicen las obras de otros 15 establecimientos en proyecto.

Se trata de modernos inmuebles que combinan con destreza la funcionalidad occidental con el lujo asiático y que incorporan un elemento muy escaso por aquí: el espacio; cualquier hotel que se precie dispondrá de un amplio *hall* y de aireadas habitaciones.

### El calor del brandy

El precio del suelo en Hong Kong no ha dejado de crecer en los últimos años y sus habitantes pagan entre 800 y 1.000 dólares americanos por apartamentos que rara vez sobrepasan los cua-



renta metros cuadrados.

La población de Hong Kong tiene fama de ser avispada y la cumple a rajatabla a la hora de negociar. No hay problema que no se solucione conversando o al calor de una buena copa de brandy. En muchos comercios, sobre todo en los menos homologables, los artículos se muestran sin precios de referencia que luego habrá que convenir en un tira y afloja que habitualmente lleva al occidental a pensar que ha hecho un buen trato —con sucesivas rebajas— y al comerciante al convencimiento de que ha rubricado un excelente negocio —en su fuero interno habría aceptado un



## Leones, pitonisos y ochos

LOS bancos de Hong Kong, pero también las grandes cadenas comerciales o las empresas de cierta entidad, acostumbran a proteger sus cristalerías y vitrinas con dos leones, mamífero depredador que la simbología china identifica con protección y fortuna. En China, el número de la buena suerte es el 8, por lo que cualquier coche —casi siempre Rolls Royce o Mercedes Benz— cuyo propietario quiera congratularse de su buena *chance* tendrá que lucir en su matrícula tantos ochos como fuese posible. Una práctica que se extiende a los hoteles —las reuniones importantes suelen efectuarse en la planta 8, 18 o 28— y a los restaurantes, que suelen ofrecer este número de platos a sus comensales.

Los múltiples *ferries* y juncos que surcan la bahía lucen en su proa unos dragones de ojos rojos —bombillas en nuestra jerga— que los protegen de tempestades y tifones, habituales por estas tierras a

la llegada del verano —entre mayo y septiembre—. La tradición también cotiza en campos tan racionales y científicos como la medicina: existen cientos de tiendas que expenden hierbas de distinto ramaje, a lo que se ve con buen éxito: la esperanza de vida de Hong Kong es la tercera más elevada del mundo, tras Japón y Grecia. Una de sus ramas, la cosmética, goza de amplia aceptación en Occidente, en especial en lo que concierne al ginseng. Con esta raíz, que alcanza en el mercado precios astronómicos —en función de los años que haya permanecido enterrada; los americanos la cultivan ahora pero, dicen, “no es lo mismo”—, se puede curar casi todo, por lo que ahora se está experimentando en el campo del sida.

La temperatura de Hong Kong es sumamente benigna —en invierno, 15 o 20 grados—, por lo que cualquier época es buena para la visita. Además, existe una oficina de turismo —la Hong Kong Tourist Association; teléfono (93) 4141794— que funciona admirablemente bien y que permite que cuando uno visita Hong Kong casi todo ya le resulte conocido. ■

precio menor que el pactado.

También es reseñable la pasión por el juego. Los dos hipódromos de la ciudad hierven en días de carrera. Se trata de acertar al primer y segundo caballo clasificados e incluso al tercero si lo que realmente se busca es fortuna.

Súbditos de otros países tienen cuentas bancarias abiertas en Hong Kong y formalizan sus apuestas a través del teléfono. Las carreras se retransmiten por televisión y hay toda una prensa especializada.

La pasión por el juego no acaba ahí. Ciudadanos de Hong Kong se embarcan en el *ferry* que los transporta a Macao —a menos de dos horas de viaje— para apostar en los casinos y regresan al amanecer para reincorporarse a sus puestos de trabajo.

El espíritu de la colmena aplicado al trabajo obtiene en la isla resultados espectaculares. Aquí es posible ver —en Argyle Street— cómo se derriba un rascacielos respetando la primera planta para que la oficina del Hank Seng Bank pueda seguir funcionando hasta que la ejecución de la obra lo permita.

También la circulación, a pesar de ocasionales e inevitables atascos, es un prodigio de ingeniería, con dos túneles que enlazan la isla con Kowloon, el populoso barrio comercial que acoge el Bird Market —o mercado de los pájaros—, donde acuden los amantes de los alados a las seis de la mañana para tomar un té y disfrutar de los cantos de sus protegidos, que habitan en exquisitas



jaulas de bambú en las que se suele adosar un cuenco de porcelana para el alimento.

#### Perros, serpientes y tiburones

También en Kowloon es sumamente recomendable visitar Temple Street, un mercado muy animado, también conocido por "la calle nocturna" por abrir sus puertas hasta la medianoche. Los puestos de comida —sobre todo marisco—, los adivinos que leen el porvenir e incluso improvisados conciertos de ópera china convierten a esta rúa en un sandwich visual.

Pero si se trata de comer, lo mejor es dirigirse a alguno de los magníficos restaurantes —el del propio Ritz y su inigualable pollo o el Café Deco, en Victoria Peak, en la colina, con una vista inmejorable del tobogán subtropical que desciende hasta la bahía— para comprender in situ y sin falsos prejuicios una gastronomía que mantiene el equilibrio entre las fuerzas positivas (yang) y negativas (ying) que rigen el universo.

William Mark, presidente de la Federación de Restaurantes de Hong Kong, con quien ECONOMICS compartió mesa, nos contó los orígenes antropológicos de la gastronomía china: ante la secular falta de alimentos, muchas familias deci-

**Aquí es posible ver cómo se derriba un rascacielos respetando la primera planta para que la oficina del Hank Seng Bank pueda seguir funcionando**

Los urbanitas tienen la sonrisa a flor de boca. Sus viandas —pueden verse— no desmerecen





dieron repartir sus viandas troceándolas al máximo, así como tapar las ollas con animales —perros, serpientes, tiburones— que tal vez hubieran escapado del fuego de sobrar cerdo, buey o ternera. Hoy en día, sin embargo, algunos de estos manjares están prohibidos en la isla, caso de los perros, que sólo se cocinan en la vecina China. Los canes de color negro, al parecer, tienen un sabor muy especial y son buenos para los riñones, aunque los británicos nunca han reconocido sus virtudes terapéuticas.

Pero no hay que asustarse. En esta ciudad cosmopolita cada cual puede comer como guste y siempre mejor de lo que hubiera imaginado. Aunque uno sea poco devoto de la comida china, acabará transigiendo a sus encantos, aunque sólo sea por la frescura de sus ingredientes. La cocina continental suple cualquier rechazo visceral y el elenco de posibilidades es muy amplio —cocina japonesa, vietnamita, cantonesa, coreana, etcétera—. Algunos restaurantes incluyen en sus cartas platos españoles como el gazpacho andaluz, el rodaballo a la gallega o el potaje leonés —caso del Regal—, si bien, a decir verdad, la cocina más de moda en estos momentos es la italiana.

#### Maratones de té

Como todo en Hong Kong, las posibilidades de hacer *shopping* son prácticamente ilimitadas. Fotografía y óptica ya no son tan "chollo" como hace dos años y, a veces, es preferible inclinarse por la garantía —se recomiendan negocios con un junco rojo en el escaparate— que por el precio.

Deambulando de compras por la ciudad ratificamos que el mundo es un pañuelo al encontrarnos a negociantes españoles fuera de horario —un técnico de la casa BH, transitarios de aduanas valencianos—. Por lo que se refiere a la presencia comercial, la cerveza San Miguel —como pudimos comprobar— es la más vendida en la isla y posee barcos en la bahía. También Lladro tiene al menos cuatro puntos de venta y sus laboriosas cerámicas son punto de mira de turistas japoneses o norteamericanos.

Hong Kong embriaga. El aterrizaje es un presagio de lo vendrá después: la enorme estatura de la ciudad Gulliver va tomando dimensión humana a medida que el aparato pierde altura, hasta el punto de que cuando se toma tierra casi es posi-

## El dragón extramuros

**N**O siempre dragón, pero sí al menos tigre, el futuro de Hong Kong se vincula también aquí a la caída de un muro. En 1997, China sumará a sus diez millones de kilómetros cuadrados un enclave de poco más de mil kilómetros cuadrados que posee la décima renta per capita más alta del planeta y, tal vez, el puerto de mayor relevancia del continente asiático.

Chris Patten, gobernador inglés —que ha amenazado con ampliar la franquicia tras las elecciones de 1995—, y el Gobierno de Pekín discrepan abiertamente sobre el papel que corresponde a cada cual de aquí al año D. Gran Bretaña acelera el impresionante proyecto de aeropuerto de Lantau y Pekín protesta: la condición bastarda de Hong Kong concluyó con el tratado de devolución. Sin embargo, a pesar de que la República Popular China sabe cómo subir y bajar a su antojo el índice bursátil Hang Seng, el empresariado se muestra muy confiado ante su futuro amarillo.

Charles Y. K. Lee, presidente de la Bolsa de Valores de Hong Kong, confía en que su ciudad sea el mayor mercado de capitales del planeta de aquí a 25 años. La opinión de los empresarios es parecida e incluso en el caso de Daniel Bong, director general de la cadena Regal Hotels, sumamente didáctica: "Los extranjeros —reflexiona cuando se le pregunta si la situación política de China podría actuar en detrimento de Hong Kong en un futuro— no conocen en profundidad la cultura china".

"Somos —especifica— dos culturas diferentes. No se puede usar sólo una perspectiva. En China hay mucha población que controlar. Lo bueno para unos países —la democracia— puede no serlo para otros. Los americanos hablan de democracia para China, pero luego vienen para hacer negocios. La economía tiene un mismo lenguaje y nuestras relaciones con China no tienen por qué constituir una excepción." ■

ble presenciar el gesto de los habitantes de la ciudad al ver sus programas preferidos.

Pero si esa imagen es imborrable, la partida no lo es menos. Se deja Hong Kong con la sensación de que ha faltado tiempo. Tiempo para conocer en profundidad a unas gentes capaces de transformar un enclave montañoso y árido en una potencia económica de primer orden. Tiempo para habituarse —y luego poder dormir— a los maratones de excelente té con que se obsequia al visitante. Y tiempo, en fin, para poder calibrar el sabor agrídulce que provoca partir de una ciudad que durante nuestra estancia ha desplegado con éxito su magia. Ya dentro del avión esa magia se convertirá en tristeza. ■

«Los americanos hablan de democracia pero vienen aquí a hacer negocios»